

Alfredo Alvar Ezquerro

UN MAESTRO
EN TIEMPOS
DE FELIPE II

Juan López de Hoyos
y la enseñanza humanista
en el siglo XVI

la esfera  de los libros

I

EL HORIZONTE CULTURAL EN EL SIGLO XVI DE UN TAL JUAN LÓPEZ

Tengo ante mí unas hojas amarillentas, con unas notas de comienzos del siglo XVII. Las transcribo a la lengua de nuestros días.

MEYER, C. F., *Das Amulett*, Leipzig, 1873.

Ideas generales

Eran tiempos de una gran revolución cultural.

El vehículo que la transmitió fue una disciplina que conocemos por Filología. La filología es «la técnica que se aplica a los textos para reconstruirlos, fijarlos e interpretarlos» (según el Diccionario de la RAE). Antes del siglo XV, pero desde luego ya en el siglo XV, proliferó la depuración de un método de trabajo que buscaba la fijación exacta de los textos «clásicos» y su transmisión, la construcción del aparato crítico que acompañara a esos textos y la depuración de imperfecciones que se hubieran ido fijando a lo largo del tiempo en los soportes materiales (*v. gr.* pergaminos y palimpsestos, papel y tachaduras) de esos textos.

Así que, permíteme decirlo así, esa disciplina que hoy es tenida por una «técnica» se convirtió en un instrumento incómodo toda vez que podía denunciar falsificaciones o enmiendas interesadas en textos «históricos» o «jurídicos». En conclusión, quiero decir, que la filología, en el sentido de «técnica» capaz de fijar un texto verídico, y la creación no eran inocentes. Eran terribles armas. Quedó ampliamente demostrado cuando Lorenzo Valla denunció la falsificación de la *Donación de Constantino*: en 1440 zanjó una vieja polémica y sospecha, pues puso de manifiesto que la donación del emperador Constantino I al papa Silvestre I —como rey te-

actúa sobre textos profanos, pero también sobre los textos sagrados, con los comentarios a la Biblia o las ediciones reales. Si la Universidad de Alcalá empieza su andadura con ese objetivo, la publicación de la *Biblia Regia* o *Biblia Sacra* de Arias Montano por encargo de Felipe II será la culminación de ese proceso de fijación de un texto, digamos, correcto.

En el proceso de renacimiento, de redescubrimiento de los clásicos, la recuperación del griego tiene un valor importante. El fenómeno se ve incrementado desde la segunda mitad del xv por la llegada de gentes de Constantinopla que se establecen en Italia. En cualquier caso, ya entre finales del siglo XIII o principios del siglo XIV había mentes eruditas que perseguían esa recuperación de lo helénico, como son Arnau de Vilanova o Raimundo Lulio. Sea como sea, en 1490 se abre la primera cátedra de griego en una universidad española: Salamanca. Si se sabe griego, se podrá acceder al conocimiento desarrollado por ellos. Sin esa recuperación del griego —además de otros conocimientos— Andrés Laguna no habría podido traducir en 1555 el *Dioscórides*.

Despejadas las dudas sobre la autenticidad de los textos que fuera menester (trabajo lento y arduo), se fue construyendo la idea (expuesta por Eugenio Garín) de que la humanidad —preferiría decir la cristiandad— era una sociedad múltiple y, sin embargo, unida. Además, esa sociedad múltiple y unida había sobrevivido en espacios distantes al paso del tiempo. Así que —concluye Garín (1987, 89)—: «Educar a los jóvenes en los clásicos fue entonces, realmente, ayudarles a tomar conciencia de la común humanidad en su desarrollo y unidad».

La lección creo que nos vendrá muy bien en estos tiempos de indignación y esperanza: sociedad múltiple, pero unida... por sus agentes de comunicación.

En tercer lugar, la fusión entre el hombre sabio y el hombre práctico, o entre el conocimiento de los clásicos y la experiencia de lo cotidiano que se revelaba día a día a finales del xv, fue otro de los logros de aquella cultura. Donde los clásicos hubieran descrito el mundo que ellos conocían y que se tenía por el único verdadero existente, los debates entre pilotos de barcos y nuevos hombres del saber gestaron impresionantes escuelas de mareantes, mapamundis o casas de contratación. Un ejemplo: Nebrija redactó, mezclando lo clásico con lo nuevo, su *Isagogicon cosmo-*

graphiae, es decir, partiendo de Ptolomeo, se fijaban por cálculos matemáticos los puntos en el mapa de meridianos y paralelos. Así que, si el *Isagogicon* fue publicado en 1490 y ya Nebrija había «jugado» desde la juventud a la localización de lugares por la longitud y la latitud, no debe extrañarnos que Colón se inspirara en él para sus (erróneos) cálculos. Ptolomeo inspirador del nuevo sabio; el hombre práctico (Colón) que usa ese escrito creyéndolo a pies juntillas: un caso de fusión entre los clásicos y la praxis del vivir cotidiano.

Sin embargo, ¿no iban a entrar en colisión los saberes clásicos con los de un mundo que, de repente, empezó a cambiar vertiginosamente desde 1492, precisamente? Efectivamente: a la vez que ocurría todo lo anteriormente citado (¡y mucho más, claro!), se dio un proceso de dignificación y exaltación de las lenguas vernáculas. Ciertamente, se podía chocar con la «sacralización» que se hacía de lo clásico. Pero aquellos humanistas anduvieron siempre entre dos aguas. Preocupados por su buen conocimiento de lo latino, eran conscientes de que muchas de sus actividades iban a pasar al sueño de los justos si no se hacían en lengua vernácula: el uso del lenguaje, arropado por la imprenta, era un arma ideológica de primer rango, y nueva. Además, desde aquel 1492 un nuevo imperio empezaba a desperezarse, acompañado de esta revolución cultural, de diccionarios y gramáticas de un Orbe Nuevo, de tantas novedades que no había ni soñado Aristóteles. Por tanto, razones eminentemente pragmáticas obligaron a que se abriera paso entre lo clásico lo vernáculo, con todas las contradicciones que implica esa coexistencia: aumento de la demanda cultural y desarrollo del nacionalismo, entendido este como la búsqueda de unos referentes colectivos comunes. Así, la historia y el historiar serán algunos de los instrumentos más importantes de este último proceso, pero el idioma también. Cervantes, que a todos supera por su finura, inteligencia y cuantas virtudes queramos, es rotundo en el *Quijote* (II, 16):

A lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme a entender que no anda muy acertado en ello y la razón es esta: el gran Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio escribió en griego, porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche y no fueron a

buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto así, razón se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno, que escribe en la suya.

En cuarto lugar, ya es en la segunda mitad del siglo XV cuando los *studia humanitatis* han triunfado: han conquistado, por el método filológico, por los resultados que se van ofreciendo por toda la cristiandad aunque sea salpicadamente, han conquistado —digo— el mundo del poder, del prestigio y del privilegio. Siempre, siempre, en todas las organizaciones humanas, cuando se conquistan los mundos del poder, del prestigio y del privilegio se conquista la cima de la jerarquización social. A mediados y finales del XV los humanistas entran o han entrado en los círculos cortesanos (regios o aristocráticos), son admirados por su mucha ciencia, disfrutan de excepcionalidades que otros no. Entretienen y forman a los aristócratas; educan a sus hijos. Son respetados. Se hacen respetar. Merece mucho la pena ser culto y educado en las bases de los nuevos saberes. Ahora bien, todo ello no ha sido un camino de rosas.

En quinto lugar: los clásicos enseñan. Gracias a la *imitatio* vamos a poder ganarle tiempo al tiempo. Si ellos lograron lo que lograron, ¿qué sentido tiene contradecirlos? ¡Hay que seguirlos! Por ejemplo: Maquiavelo defendió el uso político de la historia para gobernar según dictara la razón. Quiero decir que antes la razón política que otra consideración moral. La historia era un cúmulo de experiencias para regirse hoy. La política se podía construir sobre la historia. Como la medicina, también se construía sobre la experiencia. Y se lamentaba Maquiavelo de que «no se encuentra príncipe ni república que recurra al ejemplo de los antiguos».¹ más lejos por cuanto si era un laboratorio de experiencias, «es fácil, a quien examina con diligencia las cosas pasadas, prevenir en toda república las futuras y aplicar aquellos remedios que han sido usados por los antiguos».

La historia romana, su buen conocimiento, vendría bien como «modelo» que se debía imitar. Si se reconstruía lo romano se construiría un mundo mejor. Ese fue el empeño. Tocaba reconstruir esa lengua, esa historia, esas leyes. La tarea, el «sueño», que diría Francisco Rico, fue largo.

Como digo y mantengo, reconstrucción y limpieza de impurezas son dos palabras clave en todo este devenir. Y con la vida se puede hacer como con una lengua: «Es posible cambiar la vida, que la restitución de la cultura antigua abre perspectivas nuevas, que el mundo puede corregirse como se corrige un texto o un estilo» (Rico, *El sueño*, 44).

Por ende, desde el siglo XIV —¡o desde cualquier preRenacimiento!—, el pasado fue el modelo para el presente. Y lo genial es que todo eso se hacía no sobre ensoñaciones, sino sobre casos verídicos. Lo cual quería decir que si pasó, podía volver a pasar (e incluso lo que no pasó, debería haber pasado, así que tocaba falsificar restos arqueológicos o fantasear). Lo único que se necesitaba era voluntad para volver a renacer aquella sociedad de los primeros tiempos, de los clásicos. ¿Fue un sueño, un fracaso, una realidad fragmentada y que aún perdura aunque sea desdibujada?

Pero, ¡bendita contradicción!, los clásicos enseñaban hasta donde podían, porque 1492...

Sobre esta media decena de innovaciones se fue construyendo la convicción de que sin los clásicos no se iba a ninguna parte (aún habría que definir qué entendían por «clásico»).

«Ser» humanista: una condición cambiante

¿Quiénes fueron los agentes de esa revolución?

A mediados del siglo XV, ya en Italia el humanismo ha entrado en los ámbitos del poder. Como he dicho antes, en Sociología se dice que la jerarquización social, la estratificación, se basa en conseguir poder, prestigio y privilegio.

A mediados del siglo XV un «humanista» ha escalado posiciones sociales de trascendencia. Si no tiene poder (político), lo merodea y, desde luego, tiene el cultural: él es el que define qué es lo culturalmente correcto; crea opinión o ideología. Decide qué es lo que se enseña y cómo.

En segundo lugar, al codearse con las gentes del poder, en Roma, en los municipios, en las cortes nobiliarias o las virreinales, ha alcanzado el anhelado prestigio que, por supuesto, lo alimenta con su proceso permanente de aprender más y más.

En tercer lugar, qué duda cabe de que va logrando privilegios de varias maneras: los unos intangibles, inmateriales, que son los derivados de acercarse a los reyes, de hablar con ellos, de tener acceso más o menos fluido a sus grandes ministros, a sus grandes secretarios; otras veces son agasajados o agraciados por los mismísimos monarcas y, aunque no logren —acaso porque no les interese— títulos nobiliarios, alcanzan otras glorias al ser reconocidos por los reyes.

Por ello, tan grande es alcanzar el favor del rey, como trágico el perderlo.

En cualquier caso, a mediados del XV en Italia la situación social de los humanistas ha cambiado. Ellos están ahora arriba.

En España, como hay que estar de guerras civiles, o traicionando a los reyes legítimos y ofreciendo el trono a reyes primos hermanos de los legítimos, o como hay que decir que la tal hija ahora no es natural y ahora sí, hay poco tiempo para dedicarse a otra cosa que no sea estar guerreando, armándose, conspirando.

Por ello, la llegada al trono de Isabel y Fernando, y con ellos la estela de estabilidad que se consigue, es crucial para el desarrollo cultural de sus coronas.

No debemos considerar los acontecimientos de 1492 como meras casualidades. Arranca el año con la conquista de Granada, sigue con la aceleración de la homogeneización ideológica (como ellos la entendían, por la vía religiosa), culmina con la llegada a América de Colón, y todo ello adornado con la presentación a la reina de la primera gramática de la lengua de Nebrija, el seguidor de Valla, que fue el vencedor de los antiguos escolásticos en Roma.

Lo fascinante es que el proceso en España se aceleró: era lógico, porque a la estabilidad política y a su expansión acompañaron los mejores momentos de creación cultural.

Podrá preguntarse: ¿cómo hubo creación cultural si había Inquisición? Aunque más adelante exponga que, en efecto, podía ser peligroso leer sin control, adelantaré una de mis hipótesis de trabajo. La existencia de la Inquisición (tribunal de represión de efectos no menos persuasivos que cualquiera de las formas de confesionalización protestantes, tales como el anglicanismo, el luteranismo o el calvinismo, por no hablar de cuáqueros y otros

demoledores de la libertad de acción individual); la Inquisición, digo, coadyuvó al desarrollo cultural: efectivamente, la ciencia es como es. En ocasiones, contraria a las verdades reveladas. Malo es tener que tomar partido por la verdad si esta contradice la que está escrita. Así que si el autor se va a meter en jaleos, antes preferirá dedicarse a la creación, que no a la ciencia. A fin de cuentas, la creación la corrige, altera, frena cuando quieres. Es decir, actúas como propio autocensor. Y ese fue el camino que adoptaron las mentes preclaras del Humanismo español. Crear, callar, disimular. Esa debió de ser la angustia de la historia de los heterodoxos españoles. Muchos de ellos contruidos heterodoxos, aunque quisieran ser ortodoxos.

Digamos que hacia 1520 está extendida en España la idea de que no se puede ser nada en la vida sin una primorosa educación. Esta ha de consistir en conocer a los clásicos, bien porque se les haya leído en su totalidad, bien porque se les conozca gracias a cualquiera de las antologías que circulan por la cristiandad.

Corren unos lenguajes comunes por Europa. Sí, lenguajes comunes, en los que nadie es extraño en esta *República Literaria* porque todos han aprendido cosas similares y al mismo tiempo, con la misma edad. Solo alguna peculiaridad parece distinguir a unos de otros. Esa peculiaridad se llama Reforma protestante. Así que la peculiaridad es, en ocasiones, un drama, y a veces, un abismo. Pero hay una base común: lo mismo en Varsovia que en Lisboa, en Palermo que en Bruselas, se sabe quién fue Cicerón. Por cierto, gracias a los castellanos, también en alguna universidad en América (del Sur, claro, porque en el Norte los exterminaron a todos en el siglo XIX y a los supervivientes de las cinco naciones los metieron en reservas; si hubiera sido ahora, les habrían metido en laboratorios biogénéticos, como a los linces en España).

Una igualdad en los aprendizajes que no pretendía hacer filólogos por doquier, claro que no, sino muchachos socializados en el conocimiento de los clásicos y de sus virtudes. Los defectos se aprendían también, pero no ejemplarmente, sino como admonición del camino por el que no se debe ir. A diferencia de hoy, en que como las sociedades están sometidas a la anomia, o a la estupidez de lo políticamente correcto, todo vale porque no hay (apenas) quien se atreva a decir qué es virtud o mérito y qué vileza o ineficacia.